Globethics Repository

En torno a "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana" [Around "7 Interpretive Essays on Peruvian Reality"]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Castro-Arenas, Mario
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-09 15:03:05
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222094

Nueva Sociedad Nro. 50 Septiembre-Octubre 1980, pp. 117-134

En torno a "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana"

Mario Castro-Arenas

Mario Castro Arenas: Escritor y periodista peruano.

Opus magna de la obra mariateguiana, "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", pertenece, con los "Comentarios Reales" del Inca Garcilaso de la Vega, "Páginas Libres" de Manuel González Prada, "El Perú Contemporáneo" de Francisco García Calderón, "El Antimperialismo y el Apra" de Víctor Haya de la Torre y la "Historia de la República" de Jorge Basadre, al puñado de libros indispensables para comprender el proceso histórico peruano.

Construido como un "work in progress" periodístico, supera, sin embargo, por su aliento humanístico, muchas otras interpretaciones de la realidad peruana elaboradas con el respaldo de títulos universitarios y bibliotecas académicas. Autodidacto tenaz y fervoroso, Mariátegui afinó en Europa de manera singular en Italia, la capacidad de percepción de los fenómenos históricos adquirida en las redacciones limeñas. Nunca renunció a su capacidad antiprofesoral o antiuniversitaria y deliberadamente construyó una obra abierta, receptiva a la eliminación de yerros y a la incorporación de nuevos capítulos. "Como en "La Escena Contemporánea" - advirtió Mariátegui - no es éste, pues, un libro orgánico. Mejor así. Mi trabajo se desenvuelve según el querer de Nietzsche, que no amaba el autor contraído a la producción intencional, deliberada de un libro, sino a aquel cuyos pensamientos formaban un libro espontáneo e inadvertidamente... volveré a estos temas cuantas veces me lo indique el curso de mis investigaciones y mi polémica. Tal vez hay en cada uno de estos ensayos el esquema, la intención de un libro autónomo. Ninguno de estos ensayos está acabado: no lo estarán mientras yo viva y piense y tenga algo que añadir a lo por mi escrito, vivido y pensado".

"Siete Ensayos" se inicia con "Esquema de la Evolución Económica". Para un análisis marxista de la múltiple realidad peruana resulta pertinente empezar por el examen del desenvolvimiento histórico de su economía. Mariátegui no utilizó con criterio hegemónico el enfoque marxista en todos los ensayos, particularmente el titulado "Proceso de la Literatura". Aún en el análisis de la evolución económica desde la Conquista hasta la República, Mariátegui no se deja arrastrar por el estrecho determinismo que hacen galas algunos exegetas marxistas, empeñados en encajar a rajatabla la realidad a la teoría.

Buscando el hilo económico en el devenir histórico, JCM observa de entrada que "en el plano de la economía se percibe mejor que en ningún otro hasta qué punto la Conquista escinde la historia del Perú". Comprobación histórica certera. La

conquista del Perú no sólo trasladó otra raza, otra visión del mundo, otra cultura, sino también otra estructura económica: el feudalismo. La dicotomía señor de la tierra-siervo, base de la organización feudal europea, reemplazó abruptamente a la economía agraria colectivista de tierras comunitarias y tierras del soberano teocrático. Esta economía colectivista no era tan espontánea, como bien lo reconoce Mariátegui, aceptando que "había enervado en los indios el impulso individual". Más aún, aunque el vasallo inca poseía un instinto agrario ancestral en el trabajo de la tierra en común, el régimen de trabajo era producto de una disciplina militar aplicada por los Incas como parte de una política de anexión imperial de reinos de la sierra y la costa. Cuando Mariátegui redactó su ensayo sobre la evolución económica prevalecía entre los historiadores coetáneos la hipótesis de un patriarcalismo benévolo instaurado persuasivamente por los Incas sobre los reinos precolombinos. Ahora se conoce, con solvencia heurística, que buena parte de esos reinos y pueblos estaban sojuzgados férreamente por el imperialismo incaico y que, inclusive, tal como ocurrió con huancas, chancas y cañaris, se aliaron con los conquistadores españoles como fuerza auxiliar contra los dominadores quechuas.

Desde el punto de vista del régimen de propiedad agraria, en el Incanato coexistieron las tierras señoriales de propiedad del Inca y las tierras comunitarias organizadas en ayllus. Empero, ciertamente, este régimen de propiedad incaico no puede equipararse por su humanismo intrínseco con el cruel y anticristiano sistema de tenencia de la tierra feudal, de repartimientos y encomiendas, de la postconquista que nutrió el latifundismo republicano.

Si el régimen de propiedad incaico no fue tan magnifico como conjeturaron los historiadores finiseculares, en cambio el sistema de producción agraria fue fruto de una admirable tecnología y avanzado criterio de justicia social. El sistema de andenerías, por ejemplo, que aprovechaba con un ingenioso circuito de riegos las laderas de los cerros andinos; así como la utilización de la temperatura del hábitat para conservar el alimento agrícola en buen estado, la red de acueductos y caminos, la tecnología agrícola empleada para la deshidratación de la papa y creación de variedades de diversos tubérculos, gramíneas, etc. revelaron una extraordinaria fertilidad tecnológica que los conquistadores y colonizadores puede decirse que ignoraron. Empeñados en distribuirse el botín, señala JCM, los conquistadores actuaron a espaldas de ese algebraico aparato productivo, rompiendo los lazos de unión y trabajo solidario.

Del escueto examen del primer momento de la Conquista, Mariátegui pasa a la Colonia, indicando que "el virreinato señala el comienzo del difícil y complejo proceso de formación de una nueva economía". En rigor histórico, habría sido deseable que Mariátegui tomara en cuenta el período de transición entre la Conquista y la Colonia, caracterizado por el estallido de las guerras civiles como consecuencia de la nación de las Leyes de Indias. Período de transición sustancial para el derrotero económico-social, puesto que plantea el conflicto medieval entre el Rey y los nobles, las querellas bélicas entre grandes propietarios y medianos pro-

pietarios presentados con vigor en Holanda, Inglaterra y Francia, determinando la decadencia del feudalismo, y la aparición de la burguesía. Es importante señalar a este respecto que el espíritu medieval que declinaba aún en la misma España reaparece en el Perú y América con las capitulaciones, o privilegios concedidos en forma de tierras y vasallos indígenas a los conquistadores. Como observa Ots Capdequi, "los privilegios concedidos a los primeros descubridores alcanzaron en ocasiones volumen tan excesivo que superaron en mucho - no en facultades jurisdiccionales, pero si en cuanto a recompensas de carácter patrimonial - a los concedidos a la vieja nobleza castellana en las guerras de la Reconquista peninsular. El espíritu de la Edad Media, ya superado o en trance de superación en la Metrópoli por la política estatal de los Reyes Católicos, resurge en las capitulaciones de descubrimiento y condiciona la vida jurídica, social de los nuevos territorios en la etapa inicial de la colonización, con fuertes resabios señoriales."

Los abusos cometidos a las sombras de estos ilimitados privilegios, engendraron las condiciones para el surgimiento de las Leyes de Indias, establecidas para revocar las capitulaciones, mediante las cuales se autorizaban las reducciones de indios, legalizando en cierta forma sistemas esclavistas de trabajo. Todo este proceso aportó elementos capitales para la reinterpretación de la Conquista. En primer lugar, no puede negarse que las Leyes de indias constituyen un intento histórico de los soberanos españoles para suavizar las condiciones de trabajo de los indígenas. Se inicia la germinación del movimiento indigenista bajo el impulso de Fray Bartolomé de las Casas y los asesores religiosos de Carlos Quinto. Mariátegui ignora este hecho. Por otro lado, al movimiento de los encomenderos acaudillados por Gonzalo Pizarro no sólo hay que observarlo al trasluz de la oposición negativa a las Leyes de Indias. Entre sus indudables negaciones existe una afirmación básica en el proceso histórico peruano: el conquistador transmutado en encomendero es el español que se afinca definitivamente en el Perú, engendra mestizaje, asume ciertas expresiones larvarias de peruanidad, quizás sin proponérselo y, por ende, aporta las primeras bases para una conciencia nacional. Gonzalo Pizarro, y tras de él la secuela de secundones como los Hernández Girón, los Contreras, Sebastián de Castilla y otros, pudo cambiar la historia de la dominación española si vence a las fuerzas reales e instaura, como le aconsejaba el Maestre Francisco de Carbajal, un reino novomundista y mestizo desposando a una princesa inca. Rotos los ligamentos con la metrópoli, Pizarro habría acabado descendiendo por el plano inclinado de formas de gobierno distintas u opuestas al colonialismo arquitecturado hasta finales del siglo dieciocho.

Ese ánimo de ruptura con la Corona anidaba en el temperamento no sólo de los encomenderos, sino de los soldados que no tuvieron acceso al botín de la Conquista. Lope de Aguirre llevó ese conflicto a sus más traumáticas consecuencias en sus dos punzantes cartas a Felipe II en las que le enrostra el decaecimiento sensualista de los burócratas de la Conquista y se desnaturaliza como español y se proclama marañón, es decir, peruano, americano. Peruanista obsesivo, Lope de Aguirre descreía de la existencia de El Dorado en las latitudes amazónicas de los Omaguas e insistía en que en el Cuzco había no un Dorado de ciudades auríferas,

sino de sosiego y justicia para los cristianos viejos que habían procreado prole mestiza como él. El Dorado era para Aguirre un espacio de justicia sin encomenderos, curas y bachilleres. Anhelo quijotesco premonitorio.

Al revisar el proceso virreinal, anota Mariátegui que España no envió colonizadores y pioneros como Inglaterra, sino doctores, clérigos, cortesanos y aventureros. Entusiasmado por la visión romántica de la colonización norteamericana exaltada por Waldo Frank, Mariátegui idealiza al pionero de las praderas. Ciertamente los colonos españoles no fueron dechados de laboriosidad. Pero no estimó que hubiéramos ganado algo, sino más bien perdido mucho con un tipo de colonizadores como los que arribaron a Norteamérica, diezmando implacablemente a los indios, rechazando la fusión de razas, borrando todo vestigio de huella cultural de los naturales, en actitud típicamente anglosajona. La aventura de los pioneros fue rosada en la superficie. En el fondo fue la iniciación de un genocidio racista. Los indios que sobrevivieron a las razzias tribales fueron recluidos en reservaciones, eufemismo empleado para suavizar auténticos ghettos. La colonización española fue una empresa dura, a menudo implacable. Ningún colonialismo es bueno por naturaleza. Menos la alternativa de los pioneros trabajadores y forjadores de la civilización capitalista al alto precio del exterminio de los naturales americanos.

Convenimos con Mariátegui, por otro lado, que los colonizadores españoles se concentraron en la explotación del oro y la plata. La fiebre aurífera se propagó al Viejo Continente, generando, como es conocido, una prosperidad falaz al principio y sumiendo más tarde a la metrópoli en una inflación de grandes proporciones. Se explotó la minería a expensas de la agricultura, basando el éxito, a partir de entonces, en el golpe de suerte del hallazgo de un filón de oro o una veta de plata y no en el trabajo estable, continuo, sedentario, de la agricultura. La minería determinó, asimismo, formas inicuas de servidumbre personal denunciadas acremente por los visitadores españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa en "Noticias Secretas de América".

Discrepamos, en cambio, de Mariátegui cuando sostiene que los españoles no se avecindaron en las ciudades de la sierra por "la mezcla de respeto y de desconfianza que les inspiraron siempre los Andes", prefiriendo vivir en las tierras bajas de la Costa. En el Cuzco, Ayacucho, Cajamarca, ciudades andinas por excelencia, florecieron apreciables colonias españolas. En el Cuzco pululó una corte de capitanes en los primeros tiempos de la Conquista que fue disminuyendo, no por desarraigo ante los Andes, sino por la merma progresiva de la importancia de la capital imperial desde el punto de vista administrativo, al convertirse Lima en la sede mayor de la colonia. Más que en el Cuzco, aún es perceptible la presencia racial del español entre los naturales de Ayacucho y Cajamarca. Hoy mismo no es raro distinguir campesinos de tez rubicunda y ojos azules entre los morocuchos de Ayacucho, jinetes baquianos que socialmente son indios; además visten, piensan y hablan como indios. Curiosamente, entre el campesinado existen blancos aindiados, así como hubo indios blanqueados, es decir, con hábitos de consumo y pensamiento económicos europeos entre los latifundistas.

El guano y el salitre

Mariátegui desentraña con lucidez la influencia del guano y el salitre en el tránsito de los rezagos de la economía colonial concentrada en la extracción de metales preciosos a la economía republicana moderna proveedora de materias primas - fertilizantes en este caso - para los centros capitalistas modernos. El guano y el salitre, como señala JCM, aparecieron en el momento preciso en que el descubrimiento de los yacimientos de oro de Alaska y California, con su cohorte de gambusinos y aventureros románticos cuya apoteosis foriarla más tarde Charles Chaplin, inició la devaluación del interés europeo por las vetas auríferas de los Andes. Asimismo, anota con penetración que "el guano y el salitre ocuparon un puesto desmesurado en la economía peruana. Sus rendimientos se convirtieron en la principal renta fiscal. El país se sintió rico, El Estado usó sin medida de su crédito. Vivió en el derroche, hipotecando su porvenir a la finanza inglesa". Al propio tiempo ahonda el certero análisis subrayando que "este tráfico colocó nuestra economía bajo el control del capital británico al cual, a consecuencia de las deudas contraídas con la garantía de ambos productos debíamos entregar más tarde la administración de los ferrocarriles, esto es, de los resortes mismos de la explotación de nuestros recursos".

La descripción del proceso económico que va del paso de la dependencia a la economía española a la dependencia británica es, en su brevedad, sustancialmente real. Con todo, pienso que podría señalarse dos momentos importantes en esta nueva dependencia generada por el guano y el salitre que Mariátegui no toma en cuenta. El primer momento en la explotación del guano abarca el período comprendido entre el primer gobierno de Castilla y Pezet hasta el régimen de Balta. En aproximadamente veinte años, el comercio internacional del guano no estuvo en manos del Estado, como se sabe, sino de los llamados consignatarios, o intermediarios privados. Los consignatarios recogían el guano en las islas, lo transportaban y comercializaban en Europa, es decir, controlaban el negocio en todas sus fases. El Estado finisecular, empírico y negligente, confió el monopolio de su única riqueza de valor en el mercado exterior a un puñado de rapaces intermediarios a cambio de dudosos ingresos que procrearon una dependencia interna casi absoluta.

Este doble anillo de dependencias interna y externa creado por el guano, convirtió a los gobernantes peruanos en mayordomos de los consignatarios nacionales y los banqueros ingleses. Con el chantaje del sistema de adelantos al Tesoro Público, consignatarios y banqueros mantuvieron al Estado permanentemente sobregirado y agobiado por deudas ominosas ante los usufructuadores de sus materias primas. A la sombra de las consignaciones, prosperó, no un capitalismo incipiente como cree Mariátegui, sino un mercantilismo de resabios feudales. Los consignatarios no utilizaron la máquina, ni crearon industrias, ni mucho menos obreros proletarios. Los consignatarios, al igual que los latifundistas, recurrieron a una

mano de obra feudalizada para acarrear el guano de las bahías de las islas a los barcos: campesinos indígenas, colees o negros esclavos, todos vinculados por un tipo de servidumbre personal situada al margen de la economía capitalista. Fueron, asimismo, los consignatarios meros intermediarios en la comercialización, es decir, agentes periféricos o satélites del capitalismo, pero sin llegar a crear capitalismo.

La transformación de la economía de feudal a burguesa no se cumple en el período de los consignatarios, ni acepto que éstos contribuyeran con "una enérgica propulsión" a la estructura económica. Esta dinámica advino con nitidez cuando, bajo el gobierno de Balta, el Ministro de Hacienda, Nicolás de Piérola canceló el sistema de consignaciones y concentró en el Estado la venta directa de guano en un comprador único, Dreyfus Fréres, de París. La anulación de las consignaciones eliminó la extremada dependencia estatal de la plutocracia guanera en el plano interno. El Estado saneó sus finanzas, pudo cumplir sus obligaciones financieras sin el apremio de las consignaciones y emprendió obras públicas de gran aliento; aunque sin incidencia orgánica en el desarrollo económico propiamente dicho.

En el plano externo, no desapareció la dependencia. Simplemente pasó de Inglaterra a Francia. La antes desordenada vinculación de los consignatarios con Inglaterra, Holanda, Alemania, Bélgica, Italia, se concentró en Francia, consolidándose así la ligazón de nuestras materias primas al mercado internacional. El contrato Dreyfus tiene la apariencia de un empréstito reembolsable con guano; pero en verdad es un contrato de venta de guano. Más allá de sus eventuales sutilezas financieras, el contrato Dreyfus arquitectura el diseño republicano de nuestra economía dependiente: en nuestra primera relación con el capitalismo, actuamos como proveedores de materias primas, y así continuamos el siglo diecinueve y el siglo veinte.

La acumulación de riqueza en los consignatarios apenas creó los rudimentos de una nueva burguesía en alianza con la antigua clase terrateniente, como observa Mariátegui; pero la distribución dinámica de la riqueza guanera recién se plantea en términos capitalistas cuando dicha riqueza se permuta por ferrocarriles, caminos, obras públicas, etc. por acción del Estado. Para construir los ferrocarriles, el gobierno peruano lanza una emisión de bonos que rápidamente cubren Francia e Inglaterra. El crédito internacional adquiere solvencia y "The Times" de Londres, árbitro de la bolsa mundial, elogia las audaces medidas peruanas. La movilidad social se dinamiza no sólo a nivel de la clase dirigente, sino en los estratos más bajos. Todo el mundo participa en el Perú de 1868 en la aventura del ferrocarril. Bajan los campesinos de las alturas andinas para trabajar como peones en la colocación de durmientes y en las maestranzas de los campamentos. Los comerciantes se convierten en proveedores de los campamentos. Lima rompe sus murallas coloniales y se abre en avenidas construídas al estilo francés finisecular. Henry Meiggs, constructor de ferrocarriles y caminos, trae consigo al empresario norteamericano audaz y cosmopolita. La burguesía se organiza políticamente y surge el Partido Civil. Pero esta burguesía conservará su ancestral propensión a la feudali-

dad, y acaba bloqueando el proceso de modernización lanzado por Balza y Piérola.

Mariátegui regatea a Piérola los méritos históricos indubitables por haber puesto fin a dos décadas de especulación y usura controlados por los consignatarios y haber readquirido la independencia financiera del Estado; aunque los resultados finales - fuera de la competencia del ex-Secretario de Hacienda de Balta - resultaron onerosos y crearon nuevas formas de dependencia extranjera. JCM ignora el rol jugado por Piérola en ese periodo y se refiere exclusivamente a la política desarrollada como presidente constitucional en el lapso de la Coalición demócrata-civilista. Con dosis apreciable de arbitraria subjetividad histórica, expone que "la política económica de Piérola se ajustó a los mismos intereses (plutocráticos). El caudillo demócrata, que durante mucho tiempo agitara estruendosamente a las masas contra la plutocracia, se esmeró en hacer una administración "civilista". Su método tributario, su sistema fiscal, disipan todos los equívocos que pueden crear su fraseario y su metafísica. Lo que confirma el principio de que en el plano económico se percibe siempre con más claridad que en el político, el sentido y el contorno de la política de sus hombres y sus hechos".

Omite JCM en su apreciación el señalamiento de la coyuntura histórica en que se asienta la política de conciliación emprendida por Piérola el 95. Ciertamente, después del desastre de la Guerra del Pacífico y de la derrota de las fuerzas regulares de Cáceres por las montoneras pierolistas, la disyuntiva se planteaba entre continuar exacerbando la guerra civil y ahondar indefinidamente el caos económico, o hacer un alto a la querella interna y ordenar el país. Piérola, contra sus propios antecedentes políticos, optó por lo segundo. Ordenó la economía, ordenó la técnica presupuestaria, dictó códigos fundamentales, impuso sistemas monetarios modernos. Ahora bien: si ese ordenamiento fue aprovechado astutamente por el civilismo y sus intereses económicos internos y externos, resultaría abusivo históricamente atribuir esa responsabilidad solamente a Piérola. Después de la Coalición, el siguió combatiendo al civilismo. Pero se enfrentaba a fuerzas económicas superiores a sus posibilidades políticas.

En el remate de su esquemática descripción del proceso económico, Mariátegui indica con precisión el declinamiento de la presencia británica en la economía peruana y el auge de la influencia norteamericana. Se refiere a la aparición de la industria moderna, que transforma el estilo de vida y la economía costeña; la función del capital financiero, con el surgimiento de bancos nacionales sometidos a la banca internacional; la activa incorporación peruana al mercado internacional plasmada por la construcción del Canal de Panamá; el desenvolvimiento de una clase capitalista "dentro de la cual cesa de prevalecer como antes la antigua aristocracia"; la ilusión del caucho, efímera y volátil como la del guano y el salitre; el apogeo de la política de empréstitos que acentúa la dependencia peruana de los intereses norteamericanos. Como comprobación rubricatoria a esta certera sistematización de los rasgos fundamentales de la economía peruana moderna, JCM testimonia la existencia de tres sistemas económicos: la economía precolombina

no monetaria; la economía feudal del sector agrario; y la economía capitalista de la incipiente industria nacional.

El análisis económico de Mariátegui adolece de una laguna considerable: su omisión de la presencia imperialista en el Perú. En "Siete Ensayos", JCM ignora la presencia imperialista en el examen de la evolución económica, revelando de paso su desconexión de las tesis de V.I. Lenín en "El imperialismo, etapa superior del capitalismo". Aplicando las premisas antimperialistas de Lenín, Mariátegui debió distinguir en el siglo pasado, por ejemplo, la entraña imperialista del contrato Dreyfus y los contratos ferrocarrileros, igualmente insistir cómo la Guerra del Pacifico fue consecuencia de los apetitos imperialistas de los consorcios británicos por el salitre. Lenín, como sabe cualquier marxista medianamente informado, precisó estos rasgos fundamentales del imperialismo: 1) la concentración de la producción y el capital se ha desarrollado hasta un grado tal que ha creado monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica; 2) la fusión del capital bancario con el capital industrial, y la creación, sobre la base de este capital financiero, de una oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere excepcional importancia; 4) la formación de asociaciones capitalistas monopolistas internacionales que se reparten el mundo; 5) ha culminado el reparto internacional de todo el mundo entre las más grandes potencias capitalistas".

En el contrato Dreyfus pueden advertirse algunos de estos rasgos del imperialismo indicado por Lenín, sobre todo la presencia del capital financiero francés para controlar un monopolio estructurado sobre la única materia prima - el guano - con colocación en el mercado internacional. A través de Augusto Dreyfus, la banca francesa exporta capitales hacia el Perú, rompiendo la dependencia interna de los consignatarios, tal como señalamos antes, para crear una dependencia externa que maniata al Fisco con un contrato de venta de guano disfrazado de empréstito. Por lo demás, el sometimiento imperial habitase iniciado antes del contrato Dreyfus con el sistema de empréstitos de la banca inglesa que encadenó al Estado peruano desde el primer día de la independencia. A esta doble absorción de la provisión de recursos crediticios y del guano siguió la suscripción de los bonos emitidos por el gobierno peruano para financiar las primeras líneas ferrocarrileras de penetración al país, por parte de Francia e Inglaterra. La falsa prosperidad económica generada por el guano se disipó brutalmente cuando los intereses imperialistas europeos obtuvieron, mediante el contrato Grace, la entrega de los ferrocarriles a los banqueros británicos. De la cadena de monopolios especificada por Lenín para definir la esencia misma del imperialismo, podría constatarse en esta etapa de la economía peruana las siguientes: la apropiación monopolítica de las fuentes de materias primas, el monopolio surgido de los bancos, y el asentamiento del monopolio en una política colonial. Por lo demás, Lenín había denunciado también que "si fuera necesario dar la más breve definición del imperialismo, deberíamos decir que el imperialismo es la etapa monopolista del capitalismo".

Ceñido a Lenín, JCM pudo haber asimismo desentrañado el trasfondo imperialista de los intereses británicos agazapados en la Guerra del Pacífico tras la política anexionista de Chile. Apenas se limitó a expresar en torno a este fenómeno belicista que "la Guerra del Pacífico, consecuencia del guano y del salitre, no canceló las otras consecuencias del descubrimiento y la explotación de estos recursos, cuya pérdida nos reveló trágicamente el peligro de una prosperidad económica apoyada o cimentada casi exclusivamente sobre la posesión de una riqueza natural, expuesta a la codicia y al asalto de un imperialismo extranjero..." Observación insuficiente, en verdad, frente a la realidad establecida por autores marxistas chilenos, de una guerra atizada y financiada por las empresas salitreras británicas que operaban en Chile, Bolivia y Perú. Citando a Hobson, aludió Lenín al tipo de Guerras entabladas entre los imperios competidores en su afán de "alargar la mano hacia toda clase de territorios" y a la redistribución de áreas de influencia entre los países colonizados. El conflicto del Pacífico se presta a la perfección para un análisis de motivaciones imperialistas, siguiendo las pautas de Lenín.

Si nos extraña que Mariátegui no ahondara el análisis de la presencia imperialista en la economía peruano finisecular, podríamos decir que casi nos asombra que no reparara en ella, o lo hiciera superficialmente, en la etapa coetánea a él de evidente aceleración de la penetración imperialista. Esto en cuanto a "Siete Ensayos", puesto que en "Punto de vista antimperialista" ensaya un tipo de análisis antes político que económico, que examinaremos a continuación.

En el periodo de la República Aristocrática - marco histórico de la juventud de Mariátegui y de la asunción de su conciencia revolucionaria -, el capitalismo norteamericano radicaliza su hegemonía económica y política, extendiéndose en la minería, agricultura, industria, comercio, etc., al amparo de las garantías jurídicas dictadas por el gobierno constitucional de Piérola. Dicha penetración, bajo los rasgos privativos del imperialismo, se agudizó durante el primer y segundo gobierno de José Pardo y llega al apogeo en la segunda administración de Augusto B. Leguia. La Cerro de Pasco Mining Company en la gran minería concentrada en la Oroya, Morococha y Cerro de Pasco en la sierra central; la Peruvian Sugar States Chimbote, la British Sugar, W.R. Grace en la agricultura de exportación (caña de azúcar); la International Petroleum Company en la industria petrolera del norte, configuran la red de penetración imperialista, con todos los rasgos descritos por Lenín, ignorados inexplicablemente por Mariátegui, quien no cita "El Imperialismo, etapa superior del capitalismo", obra editada en 1916. La concentración de la producción en empresas extranjeras establecidas por la proyección de las matrices transnacionales; la exportación de capitales y maquinaria; la constitución de enclaves lesivos a la soberanía nacional; la política de vasos comunicantes entre el capital financiero internacional y las empresas imperialistas, determinan la fisonomía imperialista de la estructura económica peruana, precisamente en la etapa en que Mariátegui afila sus primeras armas periodísticas y luego madura como escritor e ideólogo, después de su estancia en Europa.

El vacío teórico señalado en "Siete Ensayos" es satisfecho, en parte, en la tesis presentada por JCM a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana realizada en junio de 1929, en Buenos Aires. En "Punto de vista antimperialista", sin embargo, no cumple este reclamado análisis de la penetración imperialista, sino que más bien embiste la estrategia antimperialista diseñada por el Apra. El señalamiento de la condición imperialista de la economía nacional es lateral, partiendo de un supuesto reconocido que no requiere análisis, en el criterio de Mariátegui. Por ello en "Principios Programáticos del Partido Socialista" ("Ideología y política") se limita a afirmar sumariamente "el capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios, del capitalismo financiero, de las guerras imperialistas por el acaparamiento de los mercados y las fuentes de materias primas... el marxismo-Lenínismo es el método revolucionario de la etapa del imperialismo y de los monopolios. El Partido Socialista lo adopta como su método de lucha".

Más bien puede detectarse la inclinación de Mariátegui a conectar la explotación imperialista a las zonas agrarias indígenas, inclinación que choca con el beligerante repudio levantado por Lenín contra esta tendencia expresada por Kautsky. Para enfatizar que no sirve para nada, que es unilateral y arbitraria, es que Lenín cita la definición del imperialismo por Kaustky: "El imperialismo es un producto del capitalismo industrial altamente desarrollado. Consiste en la tendencia de toda nación a anexionarse todas las vastas regiones agrarias, con independencia de los pueblos que las habitan". La preponderancia de la problemática agraria en las tesis presentadas por JCM a la III Internacional fue denunciada en su momento por los comisarios pro soviéticos.

Cuán nítido es el contraste entre las menciones superficiales de Mariátegui sobre el fenómeno imperialista en el Perú con el meditado análisis de Haya de la Torre sobre las peculiaridades del mismo fenómeno económico en "El Antimperialismo y el Apra". Haya de la Torre conoció y discutió a fondo las tesis de Lenín, Hobson, Engels, Hilferding, sobre el imperialismo para formular la objeción que nutre doctrinariamente al Apra y es por ende el eje de su visión histórica de Indoamérica: "En Europa el imperialismo es "la última fase del capitalismo - vale decir la culminación de una sucesión de etapas capitalistas - que se caracteriza por la emigración o exportación de capitales y la conquista de mercados y de zonas productoras de materias primas hacia países de economía incipiente. Pero en Indoamérica lo que es en Europa "la última etapa del capitalismo" resulta la primera. Para nuestros pueblos, el capital inmigrado o importado plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna. No se repite en Indoamérica, paso a paso, la historia económica y social de Europa. En estos países la primera forma del capitalismo moderno es la del capital extranjero imperialista. Si examinamos la historia económica indoamericana descubriremos esta general característica: con el capital inmigrado se insinúa en nuestros pueblos agrícola-mineros la era capitalista. Y es Inglaterra - donde el capitalismo define más pronto su fisonomía contemporánea -, la nación que inicia la exportación de capitales". ("El Antimperialismo y el Apra").

"Ahora bien, cuando el capitalismo tramonta - expone Haya en el prólogo a la primera edición de su mencionada obra - es que se extiende y desplaza: deviene imperialista. Emigra, vuela lejos como el polen de ciertas plantas en flor y se asienta y germina donde halla condiciones favorables para prosperar. Es por eso que si, según la tesis neo-marxista, "el imperialismo es la última fase del capitalismo", esta afirmación no puede aplicarse a todas las regiones de la tierra. En efecto es la "última etapa"; pero sólo para los países industrializados que han cumplido todo el proceso de la negación y sucesión de las etapas anteriores. Mas para los países de economía primitiva o retrasada, a los que el capitalismo llega bajo la forma imperialista, ésta es su "primera etapa". Ella se inicia bajo peculiarísimas características. Las industrias que establece el imperio en las zonas nuevas no son casi nunca manufactureras, sino extractivas de materias primas o medio elaboradas, subsidiarias y subalternas de la gran industria de los países más desarrollados. Porque no son las necesidades de los grupos sociales que habitan y trabajan en las regiones donde aquéllas se implantan las que determinan su establecimiento: son las necesidades del capitalismo imperialista las que prevalecen y hegemonizan. La "primera etapa del capitalismo" en los pueblos imperializados no construye la máquina ni siquiera forja el acero o fabrica sus instrumentos menores de producción. La máquina llega hecha y la manufactura es siempre importada. El mercado que los absorbe es también una de las conquistas del imperialismo y los esfuerzos de éste tenderán persistentemente a cerrar el paso a toda competencia por la "trustificación" del comercio. Así es como, al industrializarse los países de economía retardada, viven una primera etapa de desenvolvimiento lento e incompleto" (ob. cit.)

A partir de esta aguda disección del fenómeno imperialista en los países atrasados (que adelantó la teoría del subdesarrollo y la dependencia), Haya de la Torre replantea la interpretación del imperialismo en Indoamérica, marcando una nítida distancia de la concepción Lenínista del imperialismo que Mariátegui sólo repitió sumariamente. Ya hemos puntualizado que JCM circunscribió su discrepancia a la tesis neolenínista de Haya de la Torre al aspecto de la estrategia antimperialista, objetando la conformación de un frente único de clases explotadas a la manera del Kuo Ming Tang, pero ignorando la médula doctrinaria de la recusación hayista. A no dudarlo, las impugnaciones de Mariátegui a la tesis de la "última etapa" en Europa, "primera etapa" en Indoamérica, habría enriquecido el debate ideológico a niveles insospechados, habida cuenta de que los marxistas posteriores asumieron también la posición del más helado silencio doctrinario. En contraste con el silencio teórico latinoamericano, en Europa Occidental y Oriental han prosperado innumerables proposiciones orientadas a un marxismo nacional o continental - eurocomunismo, autogestión yugoslava, socialismo de la primavera de Praga, etc. - que, al igual que los cuestionamientos de Haya de la Torre, parten de un reconocimiento de condiciones históricas, sociales y culturales, singulares y opuestas a aquéllas que propiciaron la germinación del marxismo-lenínismo.

Al no captar la singularidad del fenómeno imperialista en Indoamérica, Mariátegui vició sus objeciones contra la estrategia antimperialista propuesta por el Apra. Fue así que sostuvo que "el antimperialismo, para nosotros, no constituye ni puede constituir por sí solo un programa político, un movimiento de masas apto para la conquista del poder. El antimperialismo, admitido que pudiese movilizar al lado de las masas obreras y campesinas, a la burguesía y a la pequeña burguesía nacionalistas (ya hemos negado terminantemente esta posibilidad) no anula el antagonismo entre las clases, no suprime su diferencia de intereses. Ni la burguesía, ni la pequeña burguesía en el poder pueden hacer una política antimperialista". ¿Qué habría dicho JCM al saber que los más aguerridos movimientos de liberación nacional fueron propulsados por el hijo de terrateniente Fidel Castro, por el médico de origen pequeño-burgués Ernesto Guevara, por el sacerdote proveniente de la clase media Camilo Torres, por los innumerables profesionales de la misma clase pertenecientes a los Montoneros de Argentina en fin, por todos los guerrilleros y combatientes sociales indoamericanos árabes, asiáticos, africanos, que no nacieron en el seno del proletariado; pero que rompieron con su origen clasista para incorporarse en forma militante a la lucha antimperialista. No cabe duda que la inflexibilidad con que manejó Mariátegui, en la línea de la III Internacional stalinista, los conceptos de clase, sin reconocer el proceso de ruptura que él mismo encarnaba como resultado de la asunción de una conciencia revolucionaria, impidió que advirtiera la relatividad del dogma de la dictadura de clase fracturado y quebrado por la experiencia de la lucha revolucionaria contemporánea.

El problema de la tierra

El análisis del problema de la distribución de la tierra conlleva el del problema del indio. Así lo entiende con diafanidad JCM en este ensayo, que es uno de los más brillantes del conjunto. Mariátegui rescata el planteamiento económico de la problemática indígena formulado por Manuel González Prada en "Horas de Lucha": "La cuestión del indio, más que pedagógica, es económica, es social". Pero mientras González Prada se detiene en el enunciado preliminar de la sustancia económica del problema indígena, JCM avanza a fondo en el análisis, desmenuzando las variantes históricas de los movimientos indigenistas que ora se redujeron a aspectos administrativos, ora a lo religioso, ora a lo pedagógico, ora a lo étnico. "No nos contentamos con reivindicar el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, al amor y al cielo. Comenzamos por reivindicar categóricamente su derecho a la tierra", escribe JCM, demandando al propio tiempo la liquidación del feudalismo como requisito sine qua non para el rescate de la reivindicación del campesino indígena. Porque del régimen de propiedad de la tierra - anota con lucidez proviene el sistema político y administrativo del Estado.

Mariátegui despoja, pues, al problema indígena de todos sus lastres sentimentales y evangélicos para situarlo en su exacta dimensión económica, y para clarificarlo no como un aspecto unilateral o complementario de la nacionalidad sino como el centro mismo, el punto nuclear, que define la estructura global del Estado perua-

no. El razonamiento avanza con fuerza implacable: la persistencia de la injusticia social con el campesino indígena se explica por la persistencia del latifundismo. El latifundismo, la feudalidad, caracterizan la estructura económica del Estado. En consecuencia, la reivindicación de la justicia social supone la modificación del sistema de propiedad feudal; y el cambio de éste, la transformación cualitativa del Estado peruano. Al advenir esta transformación, desaparecerá la injusticia para el indio.

Apoyado en investigaciones históricas etnológicas y económicas de Luis E. Valcárcel, Hildebrando Castro Pozo y César Ugarte, JCM traza el derrotero histórico de la propiedad agraria de la Colonia a la República. Pero sus planteamientos son tan diáfanos que revaloriza sus fuentes... González Prada, con algo de retórica y mucho de positivismo, había denunciado la existencia histórica del Estado artificial que ignoraba la condición humana de la mitad de la población. Sin embargo, era imprescindible un examen de conjunto de la evolución histórica de la propiedad agraria como el emprendido por JCM para determinar el surgimiento del nuevo régimen de tenencia de la tierra a la sombra de la maquinaria colonial y su conflicto permanente con las instituciones agrarias indígenas.

La moderna investigación etnológica ha establecido que las comunidades indígenas son un híbrido del ayllu incaico y de las reducciones ordenadas por el Virrey Toledo para concentrar la dispersa población indígena con fines de vigilancia administrativa. José María Arguedas realizó un valioso trabajo comparativo entre una comunidad española y una andina, detectando importantes coincidencias organizativas, en el trabajo de la tierra y el uso común de aguas, bosques y pastos. Estas precisiones posteriores al ensayo de JCM no invalidan, sin embargo, sus conclusiones, dado que la comunidad indígena, aún con su probable aleación hispana, fue y continúa siendo un valioso depósito de ancestrales tradiciones precolombinas, pero a la espera, como bien puntualiza Mariátegui, de una reoxigenación tecnológica moderna. Más aún, JCM conjeturó que sobre la base de lo que él denomina comunismo agrario primitivo podría operarse la transformación "en una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista" ("El Problema de las Razas en América Latina", "Ideología y Política"). La experiencia histórica en los países socialistas europeos - quizás la comuna china sea la excepción - parece concluir resultados adversos al salto del colectivismo primitivo al colectivismo contemporáneo, por lo menos en términos de rendimiento productivo. La URSS, Yugoeslavia y otros países han ido desechando paulatinamente el colectivismo agrario porque el dirigismo estatal acabó sofocando la iniciativa campesina individual, por lo cual se aceptó la alternativa de la mediana propiedad. Asimismo en el Perú, después de la creación de formas de propiedad agraria colectivistas reguladas por el Estado, la tendencia es al replanteamiento de fórmulas que concilien el instinto innegablemente colectivista o comunitario del campesino indígena, mas sin frustrar su propio liderazgo en la conducción productiva.

Retoma, por otro lado, el análisis del contraste entre la política colonizadora española y la política colonizadora de los pioneers en Norteamérica, insistiendo en rebatir la proclividad hispana a la extracción de metales preciosos, en desmedro de la riqueza agrícola. Pero Mariátegui no se pregunta por qué un pueblo de tan honda tradición agraria como el español renunció a esa vocación y optó por el oro y la plata.

Diremos, para empezar, que en el momento de la colonización no se planteó la disyuntiva entre la minería y la agricultura. El colonizador español eligió la minería por su obvia cotización mundial y por su ansia de enriquecimiento rápido. En los tiempos coloniales casi era nulo el proyecto de acelerado enriquecimiento a través de la agricultura, no existiendo un mercado internacional como el que se creó en la República para el algodón y el azúcar. El auge agrícola es un fenómeno económico rigurosamente republicano.

Al pioneer, que huye de las persecuciones religiosas europeas o es el excedente humano de la etapa pre-industrial, no se le plantea la angustia febricitante por el oro ni la búsqueda de honra al modo hispano. El pioneer conoció mucho después la fiebre aurífera desatada en California y Alaska. Por ello, en la primera etapa colonizadora desflora la pradera virgen en pos de la tierra que lo sedentariza, que lo arraiga, con la Biblia y el fusil en las manos. Este arraigo agrícola, del cual brota la ciudad, engendra la colonización en el más exacto sentido de la palabra. Al contrario, el minero hispano se desplaza al vaivén del descubrimiento de la veta. Si ésta es pequeña, levanta el campamento con la misma rapidez que lo instaló; si la veta es grande, como en Potosí, el minero se aquieta y construye una ciudad; aunque a menudo la declinación del valor del metal precioso menoscaba rápidamente el esplendor urbano. En estas condiciones, el buscador de oro hispano no podía constituirse en un colonizador como lo fue el pioneer norteamericano. Como bien observa JCM, al lado del boato externo de la minería convive el régimen de esclavitud de la mano de obra. El sistema de la mita unció al indio a una maquinaria circular, de la cual se desprendía sólo cuando era un despojo humano.

Mariátegui sostiene que el colonizador español no valorizó el capital de la mano de obra indígena. La definición requiere deslindes. Pienso que hay que distinguir entre la subestimación humana y la valorización económica. Pienso que el colonizador valorizó económicamente la mano de obra indígena, pero la subestimó humanamente. En otras palabras, el colonizador supo que sin esa mano de obra no podía emprender la explotación de las minas ni manejar sus vastas encomiendas. Esto es lo que origina la rebelión contra las Leyes de Indias, esto es lo que empuja al encomendero al acto inaudito de la lucha armada contra al Rey, hecho infrecuente en la historia medieval española: la posesión del siervo, la intangibilidad de un sistema de explotación del hombre por el hombre. Sin la participación de esa mano de obra, el colonizador no podía enriquecerse. Pero el indígena sólo tiene el valor económico en función de su usufructo. Como lo somete a intolerables regímenes de servidumbre, el indio desfallece y decrece su importancia como mano de obra. La continua necesidad de mano de obra nueva y vigorosa lo im-

pulsa a buscar las piezas de ébano africanas, prolongando el sistema esclavista que disecciona Mariátegui.

Al examinar la propiedad agraria en la República, JCM observa lo que ya es un lugar común en los estudios sociales; pero que, en su época, fue una noción imprecisa: el tránsito de la Colonia a la República, a pesar de su liberalismo superficial y retórico, agravó, por un lado, la extensión de los latifundios coloniales e intensificó la crueldad de los regímenes esclavistas de trabajo, por el otro lado. El transparente análisis del régimen agrario republicano realizado por JCM es una piedra fundamental en los estudios sociológicos y políticos contemporáneos. Esclarece la imbricación sustancial entre sistema de propiedad y producción, y superestructura política, de acuerdo a los cánones marxistas. El apotegma de Marx "el Estado es un instrumento de presión de las clases dominantes sobre las clases oprimidas" es utilizado para desmontar la estructura de poder instaurada por el caudillismo militar en alianza con los intereses de los terratenientes. En pocos pasajes de los "Siete Ensayos", el análisis marxista de la realidad peruana llega a niveles de esplendor como en el dedicado a la tierra en relación al indio y a los regímenes de propiedad, producción y trabajo. Los comisarios de la III Internacional objetaron la inclinación de JCM a jerarquizar la relación tierra-hombre-propiedad en las zonas rurales andinas, en parte por su clamoroso desconocimiento de la realidad peruana, en parte por su intrusión obsesiva de un entonces ralo proletariado. Pero JCM, sin poder moverse de su sillón de inválido y sin haber puesto los pies en una comunidad indígena, elaboró un extraordinario aporte teórico por la vía del conocimiento de la historia, la economía, la etnología, no como una frívola recreación libresca sino como una reflexión crítica de la verdad y de la justicia. La inteligencia de Mariátegui iluminó un capitulo vertebral de la historia social peruana ensombrecida por el dudoso sentimentalismo redentor de las asociaciones pro indígenas. La novela indigenista, así como la poesía y el ensayo revolucionario fueron algo distinto después de la publicación de este ensayo sobre el indio y la tierra. La pintura desechó los tonos rosáceos del indigenismo de postal, planteando una nueva estética, una nueva conciencia, un nuevo camino social. El mecanicismo en que recayó después fue algo autónomo de la preocupación esclarecedora de Mariátegui.

El proceso de la literatura

Como compensación a la ortodoxia marxista del ensayo sobre la tierra, ésta es la menos marxista, la más libre de sus meditaciones peruanas. Reafirma la convicción que fluye a través de la lectura de los "Siete Ensayos": Mariátegui fue, antes que nada, un gran escritor. Sin plantearse falsos dilemas entre estilo y tema, entre forma y fondo, entre significantes y significados, concilió ambas cosas. No consintió que la pesantez de la economía esterilizara el armonioso ritmo de su sintaxis, ni que las severas nociones de la acumulación del capital, la plusvalía y las mutaciones de la dialéctica opacaron su sensibilidad estética.

En el pórtico del "Proceso de la Literatura" advierte con cierta reticencia: "Declaro sin escrúpulo que traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas, aunque, dado el descrédito y degeneración de este vocablo en el lenguaje corriente, debo agregar que la política en mi es filosofía y religión". Podría haber agregado, estética, también. Ciertamente, literatura y política no entran en conflicto, como en una antinomia, en las concepciones estético-sociales de Mariátegui. Sin incurrir en las arbitrariedades del realismo socialista ni a los dogmatismos teóricos de Karl Radek y Zhdanov; apegado más bien a las fulgurantes proposiciones sobre el arte y la revolución de León Trotsky, Mariátegui concibe la literatura peruana como la expresión de los intereses materiales y la mentalidad de las clases dominantes. Por fortuna, a menudo el artista, el esteta, sofrena al crítico social, y JCM olvida la búsqueda de asonancia entre literatura y clase social, pagando tributo involuntario a su formación modernista.

Mariátegui proclama su propósito enfático de sentar a la literatura peruana en el banquillo de los acusados ante la historia, de someterla a proceso por su carencia de raíces nacionales. Su acusación más repetida y rotunda es la ausencia de peruanidad. Pero en su vehemente búsqueda de un espíritu nacional, impreciso y ambiguo por lo demás como él mismo lo reconoce, pasa por alto un hecho de maciza solvencia histórica: en la fase formativa de una nacionalidad, más aún si está bajo sometimiento colonial, las expresiones estéticas iniciales se inclinan a repetir el modelo del país o la cultura sojuzgadores.

Por consiguiente, el Perú - y todos los países americanos - imita los paradigmas literarios hispanos en la fase colonial, cumpliendo una ley evolutiva a la que no escapa ningún pueblo sobre la tierra. La cultura hispana se impuso a la cultura incaica como parte de un deliberado proyecto de sometimiento espiritual, militar, administrativo, religioso. La inexistencia de escritura debilitó, por otro lado, la perennidad de la literatura incaica replegada en la conservación de la tradición oral. En tales condiciones, ¿a qué otros modelos literarios sino a los españoles podían recurrir los peruanos criollos (hijos de españoles) y mestizos?

JCM retoma la línea del antihispanismo a ultranza de González Prada en "Páginas Libres". Un antihispanismo sin matices ni reservas que lo impulsa a negar en bloque la literatura española simplemente por ser española; esto es, por pertenecer a la nación sojuzgadora. Curiosamente, Mariátegui glosa los conceptos de Francesco de Sanctis y los románticos alemanes sobre el florecimiento de las literaturas nacionales, y reconoce que son tan frágiles como la noción novecentista de nación. A pesar de ello, estampa afirmaciones dogmáticas: "La literatura de los españoles de la Colonia no es peruana: es española. Claro está que no por estar escrita en idioma español, sino por haber sido concebida con espíritu y sentimientos españoles". Resulta, sin embargo, que la literatura española no es tan española como supone Mariátegui, dado que precisamente, en la fase de la colonización de América sus líricos más importantes Boscán, Garcilaso, Góngora -, fusionaban elementos rítmicos, sintácticos, temáticos de la poesía italiana, la que a su vez reactualizaba tópicos de la tradición greco-latina, presentes en Calímaco, Teócrito,

Virgilio, etc. Además del reconocimiento del continuo tejido de influencias que es por definición creación estética, no escapa a nadie que la expresión literatura española así, globalmente, no explica mucho, puesto que comprende una pluralidad innúmera de estilos, temas, de buena y mala literatura, de literatura culta y literatura popular, etc.

¿Qué es, por añadidura, una literatura nacional? ¿Qué define lo nacional? ¿El paisaje, los temas, el estilo, en fin los rasgos externos, descriptivos, o los elementos internos del estilo? Mariátegui plantea la excepción del Inca Garcilaso de la Vega y Caviedes. Garcilaso, que no es indio ni español y que, por lo tanto, plantea la definición de un nuevo concepto de nacionalidad, reconstruye los fastos del imperio incaico, pero con la estructura de la crónica histórica occidental y la prosa de un escritor renacentista. Su escritura es tan mestiza como él. Ya poseemos los primeros elementos para poder iniciar la ardua definición de una literatura nacional, sin incurrir en la superstición nacionalista decimonónica. En cuanto a Caviedes, sus hirientes burlas, su desenfado e irreverencia descienden de la literatura picaresca española, desde el "Libro del Buen Amor" del Arcipreste de Hita hasta la novela picaresca. Sin embargo, es muy peruano, muy limeño, para decirlo con propiedad.

En el afán de denunciar "el colonialismo supérstite" Mariátegui traslada al período republicano las brillantes arbitrariedades con las que juzga a la literatura colonial. Arrasa el siglo diecinueve, con una dialéctica apocalíptica de la que sólo sobreviven Palma, y Melgar en grado menor. La huella española lo perturba, lo indigna. De esa ira santa extrae períodos casi perfectos, pero de validez parcial: "Discípulos de Listas y Hermosillas, los literatos del Perú independiente, en cambio casi invariablemente desdeñaron la plebe. Lo único que seducía y deslumbraba su cortesana y pávida fantasía de hidalgueros de provincia era lo español, lo virreinal. Pero España estaba muy lejos. El Virreynato - aunque subsistiese el régimen feudal establecido por los Conquistadores - pertenecía al pasado. Toda la literatura de esta gente da, por esto, la impresión de una literatura desarraigada y raquítica, sin raíces en su presente. Es una literatura de implícitos emigrados, de nostálgicos sobrevivientes".

Nadie podría negar que estas punzantes comprobaciones de Mariátegui se ciñen certeramente a un sector de las letras nacionales - Felipe Pardo, entre otros que traduce la afirmación de la España feudal y colonialista. Riva Aguero, a quien Mariátegui con justicia ubica como responsable de esa orientación hispanizante (pero de la España negra y reaccionaria, no de la popular y revolucionaria), es el receptor y transmisor de esas tendencias pasadistas. Aquí reanuda JCM la critica abierta con "Un discurso, 3 horas, 41 páginas, 51 citas", ensayo juvenil que inaugura su polémica literaria e ideológica con José de la Riva Aguero, el escritor más representativo de las tesis colonialistas, al decir del autor de "Siete Ensayos".

El propósito de Mariátegui en el "Proceso de la Literatura" es dual: por un lado, discute las tesis troncales de los críticos literarios del establishment conservador -

Riva Aguero, Javier Pardo, José Gálvez - con el objeto de desnudar y aniquilar los conceptos de apoyo a las clases dominantes y los juicios depresivos contra lo que JCM reputa la verdadera peruanidad; y por el otro lado, enjuicia a las figuras más representativas de la literatura peruana, con un criterio oscilante entre premisas sociales y premisas estrictamente estéticas.

A menudo JCM se ve aprisionado en una antinomia ideológica: como socialista convicto y confeso, que no oculta su apasionada parcialidad, es un internacionalista, un universalista; pero defiende con tenacidad casi obsesiva los rasgos nacionales de la literatura peruana, sin precisarlos con claridad. Reconoce las ambigüedades que asedian el proceso de clarificación de los componentes de la literatura nacional, cuando sostiene: "En la historiografía literaria el concepto de literatura nacional, del mismo modo que no es intemporal, tampoco es demasiado concreto. No traduce una realidad mensurable e idéntica. Como toda sistematización, no aprehende sino aproximadamente la movilidad de los hechos. (La nación misma es una abstracción, una alegoría, un mito, que no corresponde a una realidad constante y precisa, científicamente determinable)". Mas pronto olvida las dificultades y nuevamente se embarca en ardorosas exégesis de algunos escritores, amparándose únicamente en el elogio de un nacionalismo de inconclusa definición. Melancólico ejemplo de tales riesgos es el elogio al escritor costumbrista Abelardo Gamarra "El Tunante", a quien presenta como el escritor "que con más pureza traduce y expresa a las provincias". Pero estas agónicas contradicciones singularizan a este marxista espiritualista, a este nacionalista ecuménico, segado prematuramente cuando salía al encuentro de la conciliación de sus antítesis.

Poco queda por añadir, por otro lado, a su admirable interpretación sociológica de las "Tradiciones Peruanas" de Ricardo Palma. Mariátegui desbarata la hispanolatría cultivada alrededor de Palma por la generación civilista del Novecientos, diseccionando el sofisma consistente en presentar como apologista del Virreynato y sus valores a quien es, en esencia, un cuestionador de sus jerarquías políticas, de su moral oficial, de su lenguaje, de su visión del mundo. Escapó a su indagación, al igual que la crítica peruana posterior, el análisis de la escritura de Palma como un pastiche arcaizante deliberadamente construido para demoler el mito de un casticismo que implica, también, una toma de posición de reverencia y sacralización de la España colonialista. "Las Tradiciones de Palma tienen - observa agudamente Mariátegui política y socialmente, una filiación democrática. Palma interpreta el medio pelo. Su burla roe risueñamente el prestigio del Virreynato y el de la aristocracia. Traduce el malcontento zumbón del demos criollo. La sátira de las Tradiciones no cala muy hondo, ni golpea muy fuerte; pero precisamente, por esto, se identifica con el humor de un demos blanco, sensual y azucarado. Lima no podía producir otra literatura. Las Tradiciones agotan sus posibilidades. A veces se exceden a sí mismas".

Con penetración advierte Mariátegui que los intereses conservadores levantaron un muro artificial entre Palma y González Prada, y que el mismo autor de "Páginas Libres", hombre de apasionadas rencillas personalistas, cayó en la trampa, en

su iracunda repugnancia por todo lo que es importante por lo que JCM nos dice sobre el formidable revisionista y por lo que, sin quererlo, nos dice sobre él mismo, diciéndolo a propósito del autor de "Páginas Libres". Hay definiciones claves para reivindicar la trascendencia y perennidad de la escritura de ambos escritores aparentemente desvalorizados para la acción revolucionaria. Sostiene Mariátegui: "González Prada fue más literato que político. El hecho de que la trascendencia política de su obra sea mayor que su trascendencia literaria no desmiente ni contraría el hecho anterior y primario, de que esa obra, en si, más que política es literaria. Todos constatan que González Prada no fue acción, sino verbo. Pero no es esto lo que a González Prada define como literato más que como político. Es su verbo mismo. El verbo puede ser programa, doctrina".

¿Qué importa para el pensamiento revolucionario que González Prada fracasara en su proyecto de organizar el Partido Radical? ¿Qué importa, también, para los espíritus auténticamente transformadores el que Mariátegui fuera incomprendido por la III Internacional? La vigencia de "Páginas Libres" y "Horas de Lucha", así como el de "7 Ensayos" no puede medirse por estos episodios estrictamente temporales y perecederos, sino por la recurrencia de las nuevas generaciones en interpretar esos textos como un programa permanente contra la abulia mental y un elan invalorable para la acción genuinamente revolucionaria. No importa el que, como señala JCM, la escritura de González Prada sea la de un acusador y no la de un realizador. En cierta forma, Marx tampoco fue un realizador, si por esta palabra se designa al jefe del Estado, al caudillo político, al secretario de sindicato. Acusadores como González Prada, Mariátegui y Marx incendiaron el mundo con su escritura ígnea. JCM no pensó que el aparente reproche que él blandía contra González Prada también lo involucraba. Menos aún que, más allá de la superficie del reproche, se escondía el elogio a una escritura perennemente subversiva.

Melgar, Chocano, el movimiento colónida, Abraham Valdelomar, Eguren, Alberto Hidalgo, constituyen los hitos principales de las reflexiones iluminadoras de Mariátegui. Ya esclareciendo zonas brumosas, ya reinterpretando juicios confusos, ya rescatando valores olvidados, JCM se yergue como un lúcido y enérgico redefinidor de los principales valores de la literatura peruana. De Melgar rescata la peruanidad intrínseca de los yaravíes; de Chocano la nota intima que subyace, recóndita, entre la trompetería retórica de buena parte de su poesía; de Valdelomar ubica su rol de orientador de la nueva sensibilidad de vanguardia antes que de jefe de una poética, la punzante inocencia de sus epigramas, el hallazgo de un nuevo género narrativo en el ruralismo aldeano; de Eguren distingue la casi escandalosa singularidad de su poesía poblada de gnomos y náyades, de ceñudos reyes de baraja española, de toda una alucinante juguetería surrealista; de Hidalgo, su cófrade de aventuras poéticas, dimensiona la fosforecente audacia de su metáfora vanguardista, su condición de gran poeta del idioma recluido en un suburbio de Buenos Aires.

El capítulo dedicado a César Vallejo sobresale tanto por la hondura de sus calas exegéticas cuando porque le permite a JCM redefinir sus conceptos sobre el indi-

genismo. El horror de Vallejos por el folklore escenográfico, su nativismo indeliberado, su pesimismo indio como una categoría ontológica, en fin, su reticencia desdeñosa por los aspectos ancilares del indigenismo propician el replanteo del juicio de Mariátegui sobre el indigenismo y el nacionalismo. Es así que observa que "Vallejo no elige sus vocablos. Su autoctonismo no es deliberado. Vallejo no se hunde en la tradición, no se interna en la historia para extraer de su perdido substractum perdidas emociones. Su poesía y su lenguaje emanan de su carne y su ánima. Su mensaje está en él. El sentimiento indígena obra en su arte quizá sin que él lo sepa ni quiera". Analizando a Vallejo, probablemente advirtió Mariátegui que el sentimiento nacional brota en la literatura precisamente cuando no se busca, cuando es inocente a las premeditadas indagaciones poéticas.

"Mi estudio, lo repito, no está concluido" recuerda Mariátegui en una nota de pie de página al finalizar el ultimo de los siete ensayos. La conciencia de una vigilante autocrítica, rasgo revelador de una honestidad esencial en lo político y en lo intelectual, desvela siempre las páginas de este escritor autodidacto, de este marxista que no siempre sacia las apetencias de los académicos de las ciencias sociales. Los marxistas de bibliobus no cesan de señalar que la formación marxista de Mariátegui fue frágil. El alemán Adalbert Dassau, profesor universitario de Alemania Oriental, destaca que "la formación marxista-Lenínista de Mariátegui resultó incompleta. Se formó sobre todo en Italia y a base de los materiales que allí le eran accesibles o que se discutían entre los comunistas y socialistas italianos. Si bien conoció algunos trabajos de Lenín en ediciones italianas como, por ejemplo, "Estado y Revolución" y "El renegado Kautsky"... estaba confrontado con diferentes trabajos y opiniones en que se trataba de adaptar el marxismo a las condiciones creadas por la Gran Revolución Socialista de Octubre y la crisis revolucionaria de la post-guerra. Entre ellas tuvo que orientarse. Por eso parece que conoció más a Sorel que a Lenín".

Lenín resalta, asimismo que "Resulta evidente que Mariátegui se ocupó relativamente poco de la economía política marxista que, sin embargo, es uno de los tres elementos fundamentales del marxismo-Lenínismo. Parece que este hecho, que no puede tener que ver con la poca accesibilidad de los textos porque "El Capital" ya existía traducido a idiomas que Mariátegui sabía leer, se debe en primer lugar a que los teóricos italianos, incluso Gramsci, no prestaron mucha atención a la economía política marxista, concentrándose más en la filosofía y en la teoría política y prestando mucha atención a los problemas espirituales y culturales, lo que estaba en consonancia con las preocupaciones de Mariátegui".

Degradaría a Mariátegui ignorar estos vacíos fácilmente comprensibles y caricaturizarlo, presentándolo como un escolar del marxismo, tal como pretenden algunos panegiristas por consigna. Ciertamente no emplea el vocabulario marxista ortodoxo y omite en su análisis los principales conceptos marxistas: las relaciones de producción y las fuerzas productivas en la estructura social, la distinción nítida entre infraestructura y superestructura en la sociedad peruana, la arquitecturación de las estructuras ideológicas, jurídico-políticas y sobre todo, como subra-

ya Dassau, el rol de la acumulación de capital y la plusvalía en la economía capitalista peruana, el abrupto tránsito del feudalismo al imperialismo, etc.

Se podría criticar, asimismo, su concepción romántica del capitalismo de los pioneers, quizá influencia del pensamiento de Waldo Frank. Se ha insistido en que JCM tuvo una visión intuitiva del Perú: no conoció la sierra, los complejos agrícolas de la costa por su condición de inválido y tiende a sustituir su conocimiento directo y real de los problemas por una concepción intelectual y algo libresca abrevada en los socialistas italianos. Se dice: "Mariátegui no conoció el problema indígena, sino los conceptos intelectuales del indigenismo. Sus juicios son excesivamente sumarios y, a menudo, es débil su formación historicista: no valorizó el populismo de Piérola y Billinghurst, ni explica sociológicamente la reforma clasista promovida por Leguia en el seno del civilismo; tampoco destaca suficientemente la alianza económico-política del militarismo y del civilismo".

Pero acaso su omisión más importante en el análisis marxista de la realidad peruana es la del predominio del imperialismo, como fase superior del capitalismo que en Indoamérica se convierte en primera fase y trastorna la periodificación histórico-social de origen europeo. No olvidemos que Mariátegui elaboró su obra teórica en condiciones heroicas y, por tanto, no juzguemos sólo sus puntos limites desde el punto de vista académico, sino fundamentalmente destaquemos el esfuerzo que desplegó en tan corto lapso para organizar su pensamiento, a pesar de las carencias de su formación básica. Por lo demás, falleció a los 36 años, cuando empezaba a plantear un neo-marxismo indoamericano, ajustado a nuestro espíritu y nuestra realidad. Con todas las bibliotecas a la mano y todo el repertorio de becas de postgrado en centros universitarios marxistas, pocos estudiosos latinoamericanos del marxismo han podido escribir algo aproximado a "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana".

Su obra es, fundamentalmente, una hazaña de la inteligencia.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 50 Septiembre-Octubre de 1980, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**